Y así, las naciones se han revelado, los príncipes se han revelado, ¿qué resta, pues, gran Dios, qué va á quedar para guardar vuestra alianza?.....

Quedan ¡oh pueblo! mírales para admirarles, quedan aquellos de quienes se ha

Cuando se ha visto la verdad á esta luz divina del éxtasis no se teme ya perder ni la vida, ni el honor por amor de Dios. ¡Qué preciosa disposicion en los monarcas que, más estrechamente obligados que sus súbditos á defender el honor de Dios, deben por la piedad marchar á la cabeza de los pueblos! Para hacer dar un paso á la fe, para ilustrar con un rayo de luz á esos infortunados herejes, estarian dispuestos á sacrificar mil reinos y tendrian razon, porque en cambio de ese sacrificio se asegurarian la posesion de un reino que no tiene fin. ¡Ah! que de ese torrente de felicidad que corre en la ciudad de Dios caiga solamente una gota en mi alma. Basta ella para que todo este bajo mundo no le inspire más de invencible disgusto. Sí, el sacrificio de mi vida me pareceria muy poco al precio de una sola de estas verdades comunicada á los hombres. Viendo mi impotencia, me vuelvo á vos, Señor, y os conjuro á remediar tantos males. Vos, que sondeais mi corazon, sabeis que, gustosa, con tal que yo pue-

dicho: el clericalismo, hé ahí el enemigo y de quienes hay que decir: el clero, hé ahí la fidelidad y la abnegacion.

"Mi pacto es con Leví," dijo el Señor de

da vivir sin ofenderos, me desprenderia de los favores de que me habeis colmado para trasladarlos sobre la cabeza de nuestros reyes. Desde entónces, lo sé, no podrian ya consentir en tantas cosas como autorizan, y estas gracias serian en ellos un órigen fecundo de los mayores bienes. ¡Oh, Dios mio! ilustradlos sobre la extension de las obligaciones Qué no deben hacer por vos, que tanto les habeis elevado en la tierra. Habeis puesto el sello de vuestra majestad sobre su frente. . . .

Mi lenguaje es tal vez muy atrevido. Sabedlo, sin embargo, si les pudiera hablar cara á cara, y tuviera la esperanza de que me escucharan, les diria estas verdades aun con mayor energía. Oro tanto por ellos, y tanto desearia que Dios accediese á mis súplicas. Sí, ofreceria mi vida en sacrificio para obtener que fuesen reyes, segun el corazon de Dios; ciertamente seria esto bien poco para ganar mucho."

No parece que á esta hora Leon XIII, en sus relaciones tan llenas de tacto y de grandeza para con los soberanos, traduce en hecho esta sublime página de Santa Teresa.

los ejércitos (1). Miéntras todos los otros guardianes han abandonado su guardia, la tríbu levítica y sacerdotal ha permanecido en pié replegada al rededor del tabernáculo de la alianza. ¿Qué grandioso espectáculo ofrecei: á esta hora, noble tribu solitaria, y cómo callaria yo mi admiracion.

Veo en primer lugar el vaticano: allí està el gran sacerdote, un anciano á la vez cargado de años y jóven como la Iglesia. Hablando de sí mismo, decia él hace poco: "que era un soberano cuyas alas se extienden hasta los extremos del mundo." Aun parece que las alas de este soberano sacerdote crecian y crecian á medida que los reyes sus hermanos abandonaban su guardia: ¡oh! sí, ellas han crecido para cubrir el tabernàculo de la alianza y tambien la justicia que la defeccion ha puesto en peligro. En rededor suyo se han estrechado todos los obispos, y en rededor de éstos todos los sacerdotes y todas las casas religiosas: nadie, ó casi nadie, falta à su puesto de peligro y de honor. Así rodeado, ¿qué hace todos los dias ese Pontífice Rey del Vaticano. y con él todos los obispos, y con los obispos todos los sacerdotes, ¿qué hace? Ofrece, habla y bendice.

Ofrece la víctima entre el cielo y la tierra.

Habla à Dios y habla à los hombres.

Y bendice.

Siendo un prisionero, no puede más que hablar y bendecir; y él habla y bendice todos los dias. A toda hora del dia bendice. Yo os bendigo, hijos mios, bendigo vuestras almas, bendigo vuestras familias, bendigo vuestra vida y vuestra muerte, bendigo à Francia: ¡ah! decidla que la bendigo.

Guarda la alianza el noble y grande Pontífice, solo olivo que queda y siempre en flor ante el candelero de oro, guarda la alianza. Y con el, obispos, la guardais todos. Y con él, ó sacerdotes, ó vírgenes, ó casas religiosas, la guardais todos. No, no

1. Pactum meum cum Levi, dicit Dominu Deus exercituum. (Malach. II, 4).

se vió y no se verá jamas en la historia de la alianza un momento más triste, ni más tierno, ni màs solemne: todas las guardías defeccionaron, excepto la falange sacerdotal.

Pio IX decia: «Los cetros se quiebran, pero las llaves de Pedro permanecen siempre intactas.» Son las llaves del guardian fiel..... las llaves del porvenir.

II

Obstáculos á cuyo través el clero guarda y guardará la alianza.

He mostrado que en esta hora de crísis y defecciones el clero solo resta siendo guardian de la alianza con Dios. Para ser completo, importa hablar ahora de los obstáculos á cuyo través guarda el clero y guardará la Alianza. Varias véces en el curso de este escrito me ha acontecido á mí, hijo de Israel, hablar colodàndome en medio de los israelitas, mis hermanos, se-

gun la carne. Ahora, hijo de la Iglesia, me pongo con humildad y alegría en medio de los sacerdotes, mis hermanos, segun la gracia y el sacramento del órden.

¡Señores, ya era una prueba bien dolorosa para el sacerdote quedar solo en vela de ese tesoro de la Alianza, porque lo es la soledad, cuando àntes velaban tantos en su compañía! Sin embargo, esto no era más del principio de la prueba: lo que nos la hace mucho màs dolorosa, es que los que deberian ayudarnos en nuestra guarda y que nos ayudaron, nos atacan ahora. Sí, á los que desertaron, les ha venido á ser incómoda la guardia del sacerdote. Somos un guardian austero, y por esto quieren desembarazarse de nosotros.

Pues bien, yo afirmo, que todos los medios á que se ha recurrido y se recurrirà para desembarazarse á la vez de la Alianza con Dios y de su guardian, no obtendrán nunca más de este único resultado: hacer sobresalir la fidelidad del guardian y consolidar la Alianza.

1.° El primer medio empleado, ha sido la *seduccion*. Se ha procurado corromper al guardian.

En una de sus páginas màs elocuentes, el Padre Lacordaire representa à los reyes y los sabios viniendo alternativamente à tocar à la puerta del Vaticano. La doctrina salia bajo la forma debil y gastada de un anciano septuagenario y decia: "Qué me quereis"—Cambio.—Yo no cambio.—Pero todo ha cambiado en el mundo: la astronomía ha cambiado; la química ha cambiado, la filosofía ha cambiado; el imperio ha cambiado; ¿por qué sois siempre la misma? —Porque vengo de Dios, y Dios es siempre el mismo.—Pero sabed que nosotros somos los señores, tenemos un millon de hombres sobre las armas, sacaremos la espada; y la espada que quiebra los tronos bien podrà cortar la cabeza de un viejo y hacer pedazos las hojas de un libro.—Hacedlo, la sangre es el aroma en que siempre me rejuvenecí—¡Bien está! mira aquí la mitad de mi púrpura, acuerda un sacrificio á la par, y partamos.—Guarda tu púrpura, oh César, mañana serás enterrado con ella, y cantaremos sobre tí el *Alhuyale* y el *Di profundis*, que no cambian jamas

Bendito sea Dios, señores, por lo que el Padre Lacordaire decia del Papado con tanta magnificencia hace veinte años, es preciso decirlo ahora, con acciones de gracias, de todo el sacerdocio. La seduccion habia fracasado dirigièndose al Vaticano, fracasó igualmente dirigiéndose à los humildes curatos rurales. Bajo la forma capciosa de las ideas modernas vino à tocar à la puerta de cada curato, anunciando "que 89 reinaba por todas partes," pero cada sacerdote la interrumpió en seguida, diciendo: "excepto en la Iglesia." La seduccion replicó: "Yo soy la libertad." Y cada sacerdote respondió: "Nosotros somos la obediencia." Y la seduccion se retiró.

Sí, nosotros todos, los hijos del óleo santo que nos consagró depositarios de la alianza, hemos jurado no sacrificar jamas estas

dos cosas que son la fuerza y el honor de nuestra guarda; nuestra promesa de obedecer y nuestra promesa de permanecer castos; obediencia y celibato: por el celibato hemos renunciado à todas las alianzas de la tierra, para velar exclusivamente sobre la Alianza de nuestro Dios; y por la obediencia formamos una falange al rededor de su tabernáculo. ¡La castidad y la obediencia!.... Miradnos, oh pueblos..... podemos soportar vuestras miradas: somos castos y obedecemos. Nosotros obedecemos; ¡ah! nos jactamos de poder decirlo y de cantar nuestra victoria: un grande ejemplo fué dado en el mundo que se muere de anarquía, por todos los sacerdotes juntamente: el concilio del Vaticano que se abrió en la libertad, se cerró en la obediencia. Y ahora mirad: enrededor del Velador infalible, nosotros los sacerdotes, para guardar la Alianza, estamos todos alineados en la unidad! (1)

En ninguna época de la historia presentó la gerarquía ó la unidad católica el

2.º Juzgada impotente la seduccion para hacernos abandonar nuestra guardia, se ha recurrido ahora contra el clero à otro medio, que es el destierro, el extrañamiento. Es preciso desterrar al sacerdote; tal es el grito que resuena por todas partes. Prestad el oido.

Extrañar la compañía de Jesus de todos los reinos, es el grito que resonó en Alemania, y que amenaza en otras partes.

Extrañar de la enseñanza à los hermanos y á los congregacionistas, es el gri-

espectáculo de una grandeza más imponente. Contraste elocuentísimo con todos los otros poderes que se vienen abajo. Sustituciones y leyes desaparecen, magistratura y ejército se disuelven; la jerarquía católica, sola, subsiste y resiste, á la manera de esas basílicas que nos legaron los siglos pasados, las cuales permanecen de pié á través de las revoluciones y los cambios: en rededor suyo se levantan y desaparecen las habitaciones del hombre, los palacios de los grandes y la cabaña del pobre; el edeficio ennegrecido por el tiempo, queda como una misteriosa aparicion; su cúpula gigantesta hace olvidar todo lo que la rodea; su flecha atrevida se lanza hasta el cielo?

to que resonó en todos los municipios de Francia.

Extrañar al sacerdote de la formacion de los matrimonios, es el grito que resonaba ayer en España.

Extrañar à todos los sacerdotes del lecho de muerte, y extrañarles de los funerales, es la última consigna de las sociedades secretas.

Vednos, pues, destinados al extrañamiento y el destierro, en el seno de nuestras patrias respectivas. Dios mio, decid, y decid vosotros, señores, ¿qué debemos hacer, y qué conducta creeis debemos observar en presencia de esta pena de destierro que se nos impone? Escuchad: la historia cuenta de los desterrados cosas conmovedoras. Cuenta, por ejemplo, de un frances, que obligado á huir durante el Terror, compró con el poco dinero que le quedaba, una barca en el Rhin; esta barca le servia de alojamiento. No teniendo dinero, no habia para él hospitalidad, cuando se arrojaba de una ribera, pasaba á la otra, sin que-

darse; perseguido con frecuencia en las dos, tenia que arrojar la ancla en medio del rio. Estrechado á hacerse salvaje entre cuatro naciones civilizadas, no tenia sobre el globo un solo rincon de tierra en donde se atreviera à poner el pié; pero su consuelo era, errando en las ceremonías de Francia, respirar alguna vez un aire que habia pasado por su país.

Pues bien, todos nosotros, los sacerdotes, estamos decididos á hacer lo que aquel pobre desterrado. ¡Oh! señores, si se nos extraña de vuestras escuelas, se nos verà errar en torno de ellas para llevar á vuestros infantes la verdad guardada en nuestros brazos. Si se nos extraña de vuestro lecho de muerte, en rededor se nos verá errar, procurando bendecir furtivamente vuestro último suspiro. ¡Oh! perdonad, perdonad esta insistencia, el desterrado no puede olvidar su hogar natal, ni el sacerdote puede olvidar las almas. Hay dos enfermedades, dos males sagrados de que jamas se cura: el mal del país y el mal de las almas: de alma

es que, cuando se nos obliga à alejarnos de ellas, ¡ah! sentimos el mismo mal que siente el desterrado; dia y noche punza en nuestros corazones el deseo de volver à ver esas almas, y todo lo arriesgamos, ¡oh! sí, todo por procurar volver á verlas.

No habiendo logrado la seduccion hacernos abandonar nuestra guardia, tampoco lo hará el extrañamiento. ¿Qué resta emplear contra el guardian incómodo? La muerte, responde el odio.

En sus sueños de destrucciones salvajes se ha persuadido el odio, y lo dice muy alto para ser oido, que se acabaria de una vez con Dios y su alianza, si se llegara á suprimir toda entera la falange sacerdotal.

Bien está, supongo, que gran número de sacerdotes fuesen llamados á subir y morir sobre cadalzos levantados en los cuatro ángulos de las naciones cristianas; ¿seria aniquilada por esta inmolacion inmensa la alianza con Dios? No señores, no. No

sacerdotes escapados á la matanza, ocultos en las profundidades de los bosques, en los subterráneos de las montañas, celebrando en las sombras los santos misterios y conservando en el antro de las fieras la alianza con Dios, que ya no quieren conservar los hombres? No se ha dicho: "No es bajo el follaje de los bosques y á orillas de las fuentes en donde la virtud aparece en su mayor poder: hay que verla á la sombra de los muros de las prisiones y entre oleadas de sangre y de lágrimas. ¡Cuán divina es la religion, cuando en el fondo de un subterráneo en el silencio y la noche de las tumbas, un pastor á quien rodea el peligro, celebra, á la vacilante luz de una lámpara, ante un corto rebaño de fieles, los misterios de un Dios perseguido!" Sí, miéntras quede una espiga y un sacerdote, la espiga para ser consagrada, el sacerdote para pronunciar las palabras, subsistirá la Alianza!

Tal es un primer modo de conservar la Alianza contra el odio triunfante. Hay

otro. De esos sacerdotes ocultos, seguidme hácia los sacerdotes que mueren.

Recordareis dije al comenzar, que la Alianza era una sociedad entre Dios y el hombre. Nosotros los sacerdotes, centro de esta sociedad, experimentamos con frecuencia una doble dificultad; primeramente la de retener en la Alianza á los hombres que de ella se alejan y son infieles; y despues una dificultad tambien en retener al mismo Dios que, irritado, quiere alejarse á su vez. En vista de esta segunda dificultad, Moisés, extendiendo sus manos sobre la tribu de Leví, y entreviendo los esfuerzos que tendria que hacer, exclamó: "¡Aquellos son, oh Señor, los que han guardado tu Alianza!..... "Ellos quemarán el incienso en tiempo de tu cólera y pondrán el holocausto en tu altar." Nosotros, sacerdotes, procuramos por el incienso y por el holocausto retener en la Alianza al mismo Dios que quiere partir.

Pero sobrevienen á veces en el curso de los siglos épocas terribles y solemnes, en

que, á causa de los pecados de los pueblos, parece que el incienso que quemamos ha perdido su fuerza y su perfume para aplacar la cólera de Dios, y en que el holocausto habitual de nuestros altares parece no bastar á retener al Señor en la Alianza. ¿Qué permitís entónces, oh Justicia y Misericordia eternas?..... Enciéndese repentinamente una persecucion; el sacerdote mismo viene á ser el holocausto del sacrificio; y muriendo mártir, como ayer los rehenes de la Commune, aplaca á Dios irritado contra los hombres y le retiene en la Alianza.

Oh mis hermanos en el sacerdocio que leereis estas líneas, por vosotros escribo ahora estas últimas palabras:

Nada nos autoriza á creer que los tiempos de cólera divina que atravesamos, toquen á su fin, y tal vez..... ¡ah! tal vez tendrémos aún que hacer esfuerzos para retener en la Alianza á Dios que quiere partir. Si así hubiera de ser, ¡guardianes intrépidos, estemos prontos; nosotros nos

extenderiamos sobre el altar en que con tanta frecuencia hemos extendido la santa Hostia: despues de nuestro sacrificio matutino, seria ese nuestro sacrificio vespertino!

¡Oh Jesucristo, si nos hicieseis esta honra de ser ofrecidos con vos en holocausto, nos dariais! ¿no es asi? la fuerza de sufrir y de morir bendiciendo al mundo. "Hé aquí este corazon que tanto amó á los hombres," esa seria toda nuestra defensa y nuestro último suspiro!

Y vosotros, ¡oh pueblos conoceriais entónces á los que más os amaron, hariais justicia al sacerdocio y escribiriais sobre nuestros sepulcros estas simples palabras: "¡Murieron por guardar la Alianza!"

Discurso séptimo.

La libertadora de las naciones.

Señores:

Siempre que se ha declarado en el seno de la humanidad una de esas crísis en que peligraba la salvacion del género humano, de esas crísis en que una nacion que Dios amaba de preferencia y de la que necesitaba para sus designios, ha estado á punto de desaparecer, es notable que haya aparecido siempre una libertadora para imprimir á la crísis una resolucion feliz para salvar al género humano, salvar á esta nacion, y sostener así la obra de Dios. Para hacerlo constar, abramos los anales del género humano.

Comencemos por el pueblo judío con el cual Dios da principio y conduce la historia hasta Jesucristo.

Cuando, por órden de Pharaon, todos los